

LA ACCIÓN DEL PADRE EN LOS MÍSTICOS DEL ÁREA GERMANA DEL SIGLO XIV

JOSÉ ANTONIO ÍÑIGUEZ

1. PROPÓSITO

Santa Catalina de Siena (1347-1380) fue, al parecer, la primera mística en afirmar que el Padre, la Primera Persona de la Santísima Trinidad, era quien le otorgaba las revelaciones que, según su biógrafo, dictaba y fueron recogidas por sus amanuenses en el libro que ha llegado hasta nosotros, *El Diálogo*.

Con frecuencia las descripciones, afirmaciones, consejos y advertencias de autores que narran sus experiencias de vida interior remiten a Jesucristo o al Espíritu Santo como centro de lo que quieren decir, fundamentados en la Sagrada Escritura, por ser el primero el Redentor, y el segundo quien otorga al hombre la santificación. Ésta es quizá la razón de por qué la acción del Padre, mejor, la que se podría atribuir a la Primera Persona, apenas es tratada.

En este año, en el que el Sumo Pontífice Juan Pablo II ha querido que los fieles de la Iglesia ocupen parte de su tiempo en meditar muy especialmente sobre la Persona del Padre, y a dedicar a la Primera Persona un espacio importante de su oración, parece que viene exigido por esta circunstancia estudiar el papel que la Primera Persona juega en los escritos místicos. Limitándonos al siglo XIV y al área germana —Alemania y los Países Bajos— esto es lo que vamos a intentar, pero con la advertencia perentoria de que será sólo un esbozo, un comienzo de posibles trabajos posteriores, y reducido, además, a un espacio territorial y de tiempo muy corto: el ámbito germano de muy finales del siglo XIII a comienzos del XV: el siglo XIV, en resumen, con las referencias que sean necesarias a los dos que lo flanquean, antes y después. Y, entre otras, por una razón de importancia: porque de ellos debió recibir la santa sienense el impulso que la llevó —como es natural, por providencia divina— a buscar en la devoción a la Primera Persona conocimiento y consuelo en la vida espiritual, recibiendo una profundidad teológica y mística de gran relieve.

2. AMBIENTE HISTÓRICO

Nadie puede poner en duda el florecimiento de la mística centroeuropea, o rhenana si se prefiere, durante el siglo XIV, si se consideran los nombres de Juan Eckhart (1260-1327), Juan Tauler (?-1361), Juan van Ruusbroec (1293-1381), Enrique de Suso (Seuse) (1295-1366) y, algo más adelante, para cerrar esta enumeración, Tomás de Kempis (1380-1471).

Es evidente que diversos factores históricos propiciaron este auge, pero quizá fue el más importante, entre todos aquellos que se podrían alegar, la preocupación por la buena dirección espiritual impartida en los conventos de dominicas y dominicos por sacerdotes de la misma Orden. Hubo un momento, en el siglo XII, en que los hermanos Predicadores quisieron dejar la atención espiritual de sus hermanas para dedicarse por entero a la enseñanza. El propósito, seguramente, era bueno, pero el Papa Clemente IV juzgó que, al menos, no era prudente, y ordenó a los dominicos, el año 1267, que tornaran a tomar en sus manos la acción pastoral. Era a la sazón Provincial de los dominicos para Alemania Herman de Wilden, que acogió e impulsó fervorosamente las órdenes papales, eligiendo «hombres doctos», según decía la bula pontificia, para predicar y dirigir espiritualmente a las monjas. Por dos veces repitió su orden el Provincial, en 1286 y en 1290. Todo ello era necesario para mantener la fuerte corriente mística de los conventos femeninos alemanes, que dieron fruto en grandes escritoras integradas en la corriente, cuyos orígenes se remontan al siglo XII, de la «Nonenmistik»¹. Basten algunos nombres como muestra de este período excepcional: Isabel de Shönauf, Hildegard de Bingen, iniciadoras en el siglo XII de la «Mística nupcial» (Braumistik); Matilde de Hackeborn, Matilde de Hefta y Gertrudis (1256-1302), todas alemanas del siglo XIII. En los Países Bajos, y en el mismo período, Hadewijch y Beatriz de Nazareth²; Matilde de Magdeburg y Hadewijch ampliaron la «Mística nupcial» con la «Mística de la esencia» (Wesemystik), desarrollada poco después por Eckhart, Tauler y Suso.

Junto con el crecimiento conventual de la vida de oración y contemplación en Centroeuropa, que hemos descrito muy brevemente, apareció, principalmente entre los laicos, un fenómeno al que hoy daríamos la calificación de «movimiento», pues no tuvo su origen en nin-

1. Puede verse: L. COGNET, *Introduction aux mystiques rhénoflamans*, Desclée, Paris 1968; J.A. BIZET, *Mystique allemande du XIV siècle*, Auber, Paris 1937; D. ROPS, *Le Rhin Mystique*, Arphème Fayard, Paris 1960.

2. Puede verse: HADEWIJCH, *Lettres spirituelles*; y Beatrice DE NAZARETH, *Sept degrés d'Amour*, Ed. de la Source, Paris 1972.

guna persona ni organización concreta, sino que fue algo que se desarrolló espontáneamente entre los fieles. En las ciudades más importantes de Alemania, Holanda y Bélgica surgieron grupos, a veces muy numerosos, de católicos y católicas, junto con presbíteros, que deseaban seguir una vida cristiana en plenitud, y elegían para recibir formación ascético-mística y confiar en ellos su dirección espiritual a sacerdotes doctos, casi siempre pertenecientes a una Orden conocida, muy frecuentemente la de Santo Domingo. Fue un movimiento espontáneo, sin estructura jurídica, no organizado por nadie, pero tuvieron una relación muy íntima unos grupos con otros, de forma que los escritos de los diversos maestros pasaban de mano en mano y de unos grupos a otros. Tuvieron, eso sí, un nombre común, no se sabe debido a quién: se llamaron «Amigos de Dios», «Freunde Gottes». Y también tuvieron una nota importante común: su fidelidad a la doctrina y a la Jerarquía de la Iglesia. Si bien se preocupó el Papa Clemente IV por la mística conventual, no fue indiferente a estos grupos germanos, y ordenó también que, entre los varones que habían sido elegidos para predicar en los conventos de vida contemplativa, se eligieran los que deberían compartir esta ocupación con la predicación y la dirección de almas de los hombres y mujeres que se integraban en los grupos de los «Amigos de Dios». Tauler fue uno de los elegidos³. Más adelante hubo intentos de organización jurídica de los «Amigos de Dios», comenzada en Basilea, y no llevada a buen término, por el presbítero Enrique de Nördlingen; en Baviera, por Margarita Ebner y el banquero Rulman Merswin, que llegó a edificar la llamada «Casa de Retiros» en la Isla Verde, junto al Rhin.

3. AUTORES Y DOCTRINA

La doctrina mística sobre el modo de santificarse los fieles, recibida de la tradición de la Iglesia por los autores germanos que estudiamos, queda resumida en el pequeño tratado de San Bernardo, *Sobre los grados de soberbia y humildad*—en verdad un comentario al cap. VII de la Regla benedictina—, dirigido a Godefrido, primer prior de Claraval, luego obispo de Langres, poco después del año 1125. En él, siguiendo el concepto, ya establecido, de la existencia de tres etapas claramente diferenciadas en el progreso de la vida interior, escribe en el cap. VIII de la obra citada, titulado «Cómo la Santísima Trinidad obra en nuestro espíritu en tres grados de verdad»: «Me ilumina aquí cierta admirable y divina operación de la indivisa Trinidad, si un hombre, sumido

3. Puede consultarse: H.V. REEDERN, *Der Gottesfreund Joh. Tauler und die Freunde Gottes im 14 Jharhundert*, 1923.

en las tinieblas de este mundo, puede llegar a distinguir aquella inefable división de las operaciones dentro de la cooperación que guardan las tres divinas Personas. Porque en el primer grado de que hablamos parece obrar el Hijo, en el segundo el Espíritu Santo, y en el tercero el Padre celestial».

Sigue desarrollando la idea de que el Hijo, enseñando la práctica de la humildad, lleva al primer grado del conocimiento de la verdad, y el Espíritu Santo infundiendo la caridad que se manifiesta en la compasión por todos los hombres, conduce hasta el segundo grado de verdad, y sigue: «Oye también, acerca del Padre: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos”, y aquello: “El Padre anuncia en verdad a sus hijos”, y: “Glorifícote, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y las revelaste a los pequeñuelos”. ¿Ves ya cómo a los que el Hijo adoctrinó y ejercitó en la humildad con su palabra y ejemplo, luego el Espíritu Santo los enriqueció con la caridad y, finalmente, el Padre los recibió en su gloria? El Hijo los hace discípulos del Espíritu Santo, que les consuela como amigo, y el Padre les exalta ya como hijos».

El Hijo, sabiduría del Padre, libera la razón humana de la cautividad del pecado y de la ignorancia, de modo que «de la unión del Verbo con la razón nos nace la humildad» —lo que autores posteriores llamarán el «conocimiento propio»—, y el Espíritu Santo libera la voluntad de la dureza que le inculca la primitiva caída, y «la vuelve misericordiosa». En esta transformación en la caridad llega un momento en que —dice San Bernardo— «entonces es cuando el Padre la atrae a sí, como gloriosa y linda esposa, uniéndola consigo de manera que, no olvidándose ya la razón de atender a sí y la voluntad de pensar en los prójimos, toda el alma se arrebata de gozo y, dichosa ya, exclama: “Introdújome el Rey en la recámara, elevándome a esposa suya” (...). Su corazón vela y sondea los misterios de la verdad, con cuyo recuerdo se alimentará al volver en sí. Mientras está allí, contempla lo invisible y oye los inefables arcanos que ningún hombre puede expresar en su lenguaje (...)»⁴. Obsérvese que la acción divina de la contemplación infusa, y quizá también la de los desposorios místicos, la atribuye San Bernardo al Padre.

a) *Eckhart* (1260-1327)

El texto de Eckhart del que tomamos estas citas está entre los sermones de Tauler, como el 3, según la selección de Surius:

4. SAN BERNARDO, *Obras completas*. Introducción, versión y notas del R.P. Germán Prado, B.A.C., Madrid 1947, p. 1306.

«Tema. Con ocasión del nacimiento del Señor he hablado de la generación eterna del Verbo, de cómo el Hijo engendrado incesantemente por el Padre en la eternidad ha nacido en el tiempo hecho hombre. Digamos, pues, algo del nacimiento que debe lograrse dentro de nosotros, en toda alma santa. El Padre celestial pronuncia su Palabra eterna en el alma del justo».

Esto es valedero para todos los cristianos, con tal que busquen la santidad. Sólo advierte Eckhart: «No me dirijo ahora a aquellos que no se han ejercitado en la virtud y se dejan guiar por las inclinaciones naturales. Tan alejados están que no tienen idea de este otro nacimiento». Y prosigue su exposición:

«El tema está basado en dos textos bíblicos: el primero, del Libro de la Sabiduría, dice así: “Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera” (Sab. XVIII,14). El segundo, del Libro de Job: “A mí se me ha dicho furtivamente una palabra, mi oído ha percibido su susurro” (Jb. IV,12)».

La idea mística es muy interesante. La santidad consiste en la inhabitación de la santísima Trinidad en el alma, como es doctrina común, habilitada para esta presencia por la gracia, operación *ad extra* de la tres divinas Personas. Pero, en esta operación santificadora de Dios, pueden atribuirse a una u otra Persona diferentes operaciones, y al Padre le corresponde, precisamente, lo que es su esencia: generar eternamente al Hijo, pero ahora en el alma del justo.

A continuación desarrolla una «Introducción», exposición de los principios que se propone explicar: «Vamos a considerar tres puntos en los textos citados. Lo primero es en qué parte del alma pronuncia Dios Padre su Palabra, lugar de este nacimiento, y cuándo el alma está preparada para ello». Comienza por la última aseveración: «Esto tiene lugar en la más pura, noble y sutil porción del alma. Por consiguiente, para que se realice este nacimiento es absolutamente necesario que el alma se haya purificado del todo y viva en máxima fidelidad, en profundo recogimiento. Renuncie a vivir de las impresiones sensuales y multiplicidad distrayente de criaturas. More en su interior totalmente solitaria, en la porción más noble de sí misma. Aquí está el lugar del nacimiento (...)».

»El alma opera a través de las potencias: entiende por el entendimiento, fantasea por la memoria, y por la voluntad anda el amor. Toda acción del alma se realiza a través de algunos medios. No hay visión cuando no hay ojos; el alma no puede ver sino por ellos. Lo mismo sucede con los demás sentidos. Como he dicho, el alma necesita siempre de intermedios para proyectar su actividad. En su esencia, por tanto, no hay obrar. ¿Por qué? Porque (necesita) las potencias (que) son vehículos por donde fluye la acción». No hay obrar en la esencia del alma,

pero Dios no necesita de potencia para obrar en ella y, precisamente, cuando ella no actúa, es cuando «en el fondo del alma reina ahora un silencio, silencio de media noche, en expectación de este divino nacimiento. Entonces, Dios Padre pronuncia la Palabra. (Porque) Dios no necesita medios de potencias. Actúa directamente de esencia a esencia. Allí Dios se da en plenitud, no parcialmente. Dios y nada más puede penetrar en este centro, fondo del alma». Siguen largos párrafos de una gran belleza, insistiendo en que las criaturas se acercan al alma a través de los sentidos y de la imaginación, entorpecido este conocimiento por los intermediarios necesarios, entorpecimiento que no se da para Dios. Pero, lo que a nosotros nos interesa, es que afirma que es el Padre el que pronuncia en el alma la Palabra que hace presente en ella al Hijo, a Jesucristo. «Allí —afirma más adelante— Dios Padre engendra al Hijo, del mismo modo que le engendra eternamente».

Sigue con el segundo punto enunciado: «Lo segundo es qué actitud tomar ante este nacimiento. ¿Le es favorable la cooperación del hombre? ¿Es menester ocupar el entendimiento con alguna representación o discurrir con buenos pensamientos? ¿Pensar, por ejemplo, que Dios es bueno, omnipotente, eterno, y todo lo mejor que pueda imaginar de Dios? ¿O más bien hay que despojarse de discursos, palabras, obras, formas e imágenes del entendimiento, recibiendo a Dios en quietud y santo ocio, y dejándole actuar con libertad?». La contestación la expone más adelante: «Aguarde en esperanza y favorezca (...) Aquellos que cuidan ante todo de vivir especialmente la vida y las enseñanzas de Nuestro Salvador, sepan, y ténganlo por cierto, que lo mejor y más noble a que pueden aspirar en esta vida es callar ellos y dejar que Dios hable aquí y opere dentro».

Continúa con una larga explicación, citando la Sagrada Escritura, que evidentemente suena a quietismo, aunque una genuina interpretación, teniendo en cuenta otros escritos, puede desvanecer esta sospecha hacia el Maestro Eckhart. Como no trata de Dios Padre, no son propias de nuestro análisis. Que él mismo era consciente de esta dificultad queda patente al final de toda su exposición, cuando advierte: «Dirá alguno que éste es antinatural, porque el alma recibe las impresiones de los sentidos, forma las imágenes y las acepta o las rechaza. Por lo cual, parece que aquí se procede contra el orden natural. Pero esto no es cierto ¿Quién conoció de verdad la excelencia y nobleza que Dios ha concedido a la naturaleza?».

Nos queda por exponer el tercer propósito del autor. «Hablaré, en tercer lugar, del fruto de este nacimiento», escribe. Pero en su respuesta se limita a repetir la doctrina sobre la acción del Padre, ya descrita⁵.

5. Juan TAULER, *Obras*. Edición, traducción y notas por Teodoro H. Martín, Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española, Madrid 1984, pp. 219-229.

b) *Juan Tauler* (?-1361)

Sigue Tauler la doctrina de su maestro Eckhart, pero dulcificada, si se quiere, o, al menos, no tan rígida. Escribe en su Sermón 11, denominado «Cielo en el alma», al parecer desde ediciones muy antiguas, dirigiéndose a sus oyentes con palabras ciertamente fuertes, pero que no parecen condenar su condición secular: «Tenéis tanto que hacer, siempre ocupados de cosas exteriores, en esto y lo otro, de acá para allá. Totalmente a la zaga de los sentidos. No puede tener cabida aquí el testimonio de que habla el Señor: “Lo que nosotros vemos y atestiguamos”. Es testimonio que tiene lugar en el fondo del alma puramente, sin imágenes, allí donde el Padre Celestial engendra al Hijo, donde las relaciones divinas se realizan cien mil veces más aprisa que un abrir y cerrar de ojos en la mirada de una eternidad siempre nueva, con indescriptible fulgor».

Es interesante observar el lenguaje colorista y descriptivo, destinado propiamente a oyentes no muy abezados a los conceptos teológicos.

Sigue Tauler inmediatamente: «Si alguien desea experimentarlo, entre dentro de sí, mucho más allá de las facultades interiores en acción. Renuncie a toda impresión de fuera y se sumerja en el fondo. El poder del Padre llega entonces, llama al hombre hacia sí, por su Unigénito, y como el Hijo nace del Padre y en Él refluye, así el hombre en el Hijo nace del Padre y vuelve al Padre en el Hijo, viniendo a ser uno con Él (...) El Espíritu Santo fluye desbordante de amor y gozo inefables, e inunda de felicidad el fondo del alma con sus amables dones, y allí fija su morada»⁶.

Es una manera nueva de pensar en la filiación divina del cristiano en Cristo, realizada por el Padre, precisamente porque es el origen del Hijo y, por tanto, «de los hijos en el Hijo».

c) *Juan van Ruusbroec* (1293-1381)

Es mucho menos preciso que los dos anteriores en cuanto a la acción atribuida al Padre en la santificación. En el Libro III, capítulo 4 de sus *Bodas del alma* —el mismo título ya recuerda la *Brautmistik*—, después de una purificación que atribuye al Espíritu Santo, en la que «por este Amor estamos muertos a nosotros mismos, salimos fuera del propio yo para sumergirnos amorosamente en el abismo de las tinieblas donde todo modo se disipa. Entonces, en el abrazo de la Trinidad San-

6. *Ibidem*, p. 284.

ta, nuestro espíritu permanece por la eternidad en la unidad supraesencial, en el descanso y en el gozo. En esta misma unidad, conforme al modo de su fecundidad, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, y todas las criaturas se contienen en ellos». Habla largamente de la generación divina del Hijo por el Padre y de cómo todas las cosas creadas y sin crear se contienen en el Verbo, Padre e Hijo, junto con el Espíritu Santo, y añade: «De nuestro propio fondo, es decir, del Padre y todo cuanto vive en Él, brota el fulgor de una Claridad eterna, o sea, la generación del Hijo (...). Por eso nuestra imagen eterna siempre permanece en el Fondo simple, en tinieblas y sin modo».

En el capítulo siguiente, el V, denominado «Mar infinito», insiste: «El hombre interior está iluminado por la Verdad divina cuando, entregado a la contemplación (...) recibe la generación eterna, renovada a cada instante, y sale, en conformidad con la Luz, para entregarse a la contemplación divina»⁷. «Recibe la generación eterna», el Verbo generado por el Padre.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Será muy breve, como suele ocurrir cuando se intenta reducir a términos puramente teológicos las narraciones de los místicos. En verdad, toda esta tendencia de la mística a considerar la Persona del Padre no es otra cosa que el reflejo de la acción eterna generativa en el proceso temporal de la santificación del fiel cristiano.

7. Juan VAN RUUSBROEC, *Obras*. Edición, traducción y notas por Teodoro H. Martín, Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española, Madrid 1985.